

## Tercer violín

Salvador Martínez Rebollar\*

Cuando uno va a un recital de orquesta normalmente ve a un grupo de instrumentos acomodados según el tipo. Un único piano porque resuena casi tan fuerte como las percusiones que mandan atrás para que no estorben a la acústica del resto. Se ven por un lado los vientos, y por el otro las cuerdas, donde igual y me encuentras, igual y no, porque normalmente soy tercer violín, a veces segundo, nunca cuarto, menos primero, así lo quise yo. El primer violín si la caga se luce en cagarla, si me pasa a mí no hay problema, porque a nadie le importa el tercero mientras todos los demás suenen armónicos. Para mí, es la primera ventaja de las orquestas sinfónicas.

La segunda es que no a muchos les importa ir a ver a una orquesta, al menos en comparación con los artistas más reproducidos en Spotify. Señores en su mayoría, estudiantes que creen que estar acá arriba es un privilegio, algún mamerto ocasional que se quiere pasar de culto con su cita. Gente que no se atreve a abuchear si algo sale mal, porque aquí todos somos educados.

En el recital de hoy tocamos en la gran sala de la Cámara Nacional de Cultura un popurrí de los clásicos obvios, para hacerle la vida más fácil al mamerto. Al menos no está *El himno de la "alergía"*, y sí, sí se cómo se llama, con la que no te puedes hacer el listo porque todos se la saben, pero sí está un arreglo del tercer movimiento de *Verano* de Vivaldi, la que le he tratado de enseñar a mi mamá por una semana.

—No hija, es que no te entiendo en qué estoy mal.

—En que no estás siguiendo los tiempos. Aunque tocas bien las notas te adelantas mucho.

—Ay. ¿A poco?

—¿Practicaste?

\* Estudiante de la Maestría en Producción Editorial en el Centro Interdisciplinario de Investigación en Humanidades del Instituto de Investigación en Humanidades y Ciencias Sociales, Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

Mi mamá se alegró de que entrara a la sinfónica. Ella lo había querido desde antes de que naciera, desde que mi abuela le regaló el violín que después me intentó regalar a mí. “No mamá, mejor con ese tú practica, no vaya a ser que se pierda o se rompa en los viajes”, le dije. La verdad es que mi mamá era la que quería entrar a la sinfónica, tuvo su chance hace mucho, audicionó con la canción, no quedó y se fue a estudiar otra carrera más normal en lo que practicaba y volvía a audicionar. Y así entre tantos rechazos terminó la carrera antes de poder subirse a un escenario profesionalmente y de pronto tuvo que pagar sus propias cuentas y ejercer, cosa que me alegra mucho, porque no sabe cómo viven acá los músicos.

Cuando me aceptaron en la sinfónica yo pensé que iba a poder costear una casa, o mínimo un departamento cerca del centro; la idea me duró lo que el gusto. Acá no es Europa o Estados Unidos, aunque no se bien cómo les va allá. Acá me alcanzaba para un lugarcito dónde tenía que ir al metro con violín en mano para llegar a los ensayos y después a las clases particulares para niños y luego a las lecciones de mi mamá. Eso sí, es mucho mejor que vivir con la familia, donde mis hermanos ponen sus ojos en blanco porque “ahí viene la favorita de mamá”. Y es que empezaba la dosis diaria de:

—Hay hija, qué orgullo, mira que entraste a la primera, qué envidia.

“No hay mucho qué envidiar”, pienso mientras Carlos de Rosa, el director, sostiene la batuta para finalizar la pieza. Pocas veces me divierto.

—Hoy nos tocó grabar el score para una película, mamá.

Yo me imaginaba más tocando para musicalizar a Bugs Bunny, que sin pena digo que ahí agarré el gusto por la sinfónica, como muchos, pero era más por la caricatura en sí. A veces nos tocaba un recital de películas de Disney, que son los que más boletos venden, y los que más disfruto, porque no son tan serios.

El primer violín hace una reverencia al público por los aplausos, tocó perfecto el solo. Los demás agradecemos hasta el final, cuando el director y el primer violín se mueven diciendo “aquí están toda la orquesta” y nos llevamos parte de la ovación.

—Hay hija, la verdad que tú deberías estar de primero. ¿De Rosa ya te oyó tocar en serio? Oye ¿Pues no sabes cuántos quisieran?— Me dijo mamá en mi departamento, antes de llevarme al recital.

## Mi mamá se alegró de que entrara a la sinfónica.

—No, no sé ni me interesa, mamá, después del recital hablo con él para decirle que me sustituya un mes.

—¡Hija!, ¿pero cómo vas a dejar..?

—¡Porque me caga mamá, me caga tocar el violín! Desde que me hiciste tomar las clases, y ver qué era tan fácil para mí, desde ahí mamá. Me enerva que creas que es lo mejor del mundo estar en la sinfónica y que debería estar tan feliz como lo hubieras estado tú. ¿Y sabes qué es lo peor? Que intenté hacer tantas otras cosas y me di cuenta que so-lo-sir-vo-pa-ra-es-te-pin-cheins-tru-men-to.

Un golpe contra el piso a mi violín de concierto por cada sílaba.

No voy a hablar con De Rosa al final, ni voy a dejar las clases particulares o de intentar que a mi mamá le salga *Verano*. Ya me equivoqué dos veces a propósito, pero al tercer violín lo cubren otros tantos, nos van a aplaudir. El violín de la abuela no se desafina pese a estar viejo, sirve para el recital.